

La renta básica desde una perspectiva feminista postrabajo

Kathi Weeks¹

Recibido: 11-11-2021 // Aceptado: 06-04-2022

Resumen. Este artículo presenta una defensa de la renta básica frente a las recientes críticas de la izquierda en Estados Unidos, principalmente aquellas que sugieren que la renta básica desincentivaría la producción económica ligada al trabajo asalariado y promovería la ociosidad. A partir de una serie de conclusiones extraídas del movimiento por un salario en reconocimiento del trabajo doméstico (Wages for Housework) de los años 1970, se defiende la propuesta de una renta básica universal en tanto que una reforma coalicionista, antiproductivista y antifamiliar que podría aliviar algunas de las formas en que el actual sistema salarial y familiar no tiene en cuenta todas las contribuciones económicas y fracasa, por ende, como sistema de distribución de la renta.

Palabras clave: renta básica; trabajo doméstico; salario por trabajo doméstico; feminismo marxista; antitrabajo; postrabajo; antiproductivismo; antifamiliarismo; autonomía.

[en] Basic income from a feminist postwork perspective

Abstract. This article presents a defence of the demand for a basic income against recent critiques from within the Left. Drawing on a series of lessons from the 1970s-era demand for Wages for Housework, it argues in favour of a universal basic income as a coalitional, antiproductivist, antifamilial reform that can help to alleviate some of the ways in which the current wage-and-family system miscounts our economic contributions and fails as a system of income distribution.

Keywords: basic income; domestic labour; Wages for Housework; Marxist feminism; antiwork; postwork; antiproductivism; antifamilialism; autonomy.

Sumario. 1. Introducción. 2. El sistema salarial infravalora la participación en la valorización capitalista. 3. La renta básica no es reformista ni revolucionaria. 4. La renta básica es antiproductivista. 5. La renta básica es antifamiliar. 6. La renta básica involucra coaliciones. 7. La renta básica es feminista. 8. La renta básica defiende la autonomía. 9. La renta básica es nacional, internacional y potencialmente transnacional. 10. La renta básica conlleva un riesgo. 11. Conclusiones. 12. Bibliografía.

Agradecimientos. Agradezco profundamente a Débora Ávila, Inti Trujillo y Ariadna Ayala su trabajo y orientación en la elaboración de este trabajo.

Como citar: Weeks, K. (2022). La renta básica desde una perspectiva feminista postrabajo. *Polít. Soc. (Madr.)* 59(2), 78753. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.78753>

1. Introducción

Aunque se la haya tratado de peligrosa fantasía o de ingenuo capricho, la reivindicación de un salario básico universal en los Estados Unidos se está discutiendo en múltiples foros, desde los medios de comunicación (convencionales y alternativos) hasta los círculos académicos. Sin embargo, no todas las críticas que se realizan son igual de importantes; algunas tienen la intención expresa de rechazar esta reivindicación y de desacreditar su base política, basándose en cifras dudosas y empleando prácticas de citación deficientes. Autores como Frase (2018) y Stronge (2017) ya han realizado una revisión profunda de dichas críticas. El interés renovado que la renta básica está recibiendo ha inspirado la revisión que aquí se propone, así como la reafirmación de la importancia de esta reivindicación como parte de una práctica política feminista, antitrabajo y postrabajo en EE. UU.

Existen múltiples propuestas que se divulgan bajo la etiqueta de un ingreso básico o de una renta básica. La acepción que aquí se utiliza es la de un ingreso mínimo que permita vivir, cobrado regularmente (salario

¹ Duke University (Estados Unidos)
E-mail: kweeks@duke.edu

social), con carácter incondicional para los/as residentes, sin importar su ciudadanía ni estatus migratorio, sin importar su pertenencia a una familia u hogar, y tampoco su situación laboral pasada, presente o futura (Weeks y Cruz, 2016; Weeks y Thibos, 2019; Weeks, 2011). Desde esta perspectiva, el trabajo asalariado no sería reemplazado por este salario social, pero el vínculo entre el trabajo y los ingresos que este produce se vería debilitado. Se tendría, por ende, más espacio para otras maneras de vincularse al mundo laboral y para poder optar a quedarse fuera de este (Weeks y Cruz, 2016; Weeks y Thibos, 2019). De manera similar, la familia no necesariamente se desdibujaría, sino que, al mitigarse la conexión entre la distribución de la renta y la pertenencia a la familia, la renta básica sostendrá una variedad más amplia de modelos familiares, permitiendo nuevas relaciones de cuidado e intimidad. Una renta básica de esta índole permitiría que el trabajo asalariado, los contratos matrimoniales y la crianza fuesen más una cuestión de elección que de obligación.

Los argumentos que aquí se presentan en defensa de la renta básica se encuentran influenciados por la tradición del pensamiento feminista marxista, la cual ha servido de base para la comprensión de sus posibilidades y limitaciones políticas. Esta tradición comprende la literatura producida sobre el movimiento Wages for Housework (Salarios por trabajo doméstico) de la década de 1970, tal como se presenta en una selección de escritos de autoras como Dalla Costa y (1973) y Cox y Federici (1975). Otras defensas de la renta básica se basan en otras tradiciones intelectuales, tanto para la formulación del mecanismo mismo como para su defensa. Esto incluye versiones liberales, libertarias, neoliberales, socialistas y tecnofuturistas. Algunas de las críticas más engañosas sobre la renta básica eluden las diferencias entre dichas propuestas, o combinan algunos de los elementos menos atractivos de la misma como una táctica para provocar una respuesta negativa por parte del lector o lectora. El movimiento Wages for Housework (Salarios por trabajo doméstico) fue una red de mujeres de base que luchaba por el reconocimiento y el pago económico de todo el trabajo de cuidados, en el hogar y fuera de él. Fue iniciado en 1972 por Mariarosa Dalla Costa, Silvia Federici, Brigitte Galtier y Selma James, quienes plantearon por primera vez la demanda de salarios por el trabajo doméstico. En la tercera Conferencia Nacional de Liberación de la Mujer, celebrada en Manchester (Inglaterra), la Campaña internacional de Wages for Housework afirmó que empezaba por las que tienen menos poder a nivel internacional, esto es, las trabajadoras no asalariadas del hogar (madres, amas de casa, trabajadoras domésticas a las que se les niega el salario), y las agricultoras de subsistencia no asalariadas. En este momento consideraban que la demanda de salarios por el trabajo de cuidados no asalariado era una perspectiva y una forma de organizarse desde la base, por parte de sectores autónomos que trabajan juntos para acabar con las relaciones de poder entre ellos.

Este movimiento es importante porque ofrece algunas perspectivas que adquieren cada vez más relevancia con respecto a las economías políticas del capitalismo tardío, ofreciendo igualmente análisis perspicaces sobre las funciones del sistema salarial dentro de las dinámicas de producción y reproducción capitalistas. Además, aporta una concepción amplia sobre quién podría incluirse en la “clase trabajadora” de una política de izquierdas, y promueve brillantes observaciones sobre la práctica política de formular y de promover reivindicaciones ciudadanas. El presente artículo se divide en una serie de discusiones, cada una derivada de una conclusión específica obtenida de la literatura sobre Wages for Housework.

2. El sistema salarial infravalora la participación en la valorización capitalista

El movimiento Wages for Housework estaba comprometido con lo que algunas personas denominan el “rechazo al trabajo”, vinculando así su proyecto a la tradición marxista autonomista. Esa tradición del pensamiento marxista dirige su crítica del capitalismo no solo al trabajo explotado y alienado, sino también a la sobrevaloración del trabajo. Dicho enfoque apoya no solo la lucha por más y mejor trabajo, sino también la lucha por menos trabajo. Las discusiones sobre la política de la renta básica en los EE. UU. se refieren a la cuestión de cómo entender el sistema salarial de una manera más global que nos permita reconocer sus fallos como un sistema de recompensa productiva y de asignación de ingresos. Desde Wages for Housework se insistió en que necesitamos una concepción más amplia de la economía y de lo que cuenta como una relación económica para tener en cuenta todo el esfuerzo productivo involucrado en la valorización capitalista y en cómo esta da forma a nuestras relaciones sociales. Marx aclaró hace mucho tiempo, señalan Cox y Federici (1976: 9), que “el salario esconde todo el trabajo no remunerado que va incluido en el beneficio”. Pero “medir el trabajo por el salario también esconde hasta qué punto todas nuestras relaciones sociales han estado subordinadas a las relaciones de producción” (Cox y Federici, 1976: 9). Como alternativa a lo que entonces era el lugar privilegiado por el análisis marxista, a saber, la fábrica, junto con otros marxistas autonomistas, estas autoras examinaron dos de los componentes clave de esa concepción más amplia de la economía a la que llamaron la fábrica social: el trabajo asalariado y la familia. El sistema salarial, como principal instrumento de distribución de la renta, se apoya en una segunda institución, la familia privatizada, que sirve como *locus* primario para el trabajo reproductivo, realizado de manera desproporcionada por las mujeres. Dicho trabajo es necesario para reproducir trabajadores/as de manera cotidiana y generacional. De modo que el sistema de trabajo asalariado y familiar abarca tanto el sistema de producción, centrado en el trabajo asalariado, como el de reproducción, que se ubica dentro del hogar y es sostenido por la institución de la familia. La familia, a su vez, sigue siendo el medio por

el cual muchas mujeres son reclutadas y posteriormente gobernadas de cara a la realización del trabajo no remunerado. Mediante el análisis del trabajo no remunerado implicado en los cuidados en el hogar, el consumo, las labores domésticas y la creación de comunidad como formas de trabajo reproductivo de las que depende el trabajo productivo, y al considerar el hogar como un lugar de trabajo y a la familia como un régimen de gestión (que organiza, distribuye y administra ese lugar), dichas teóricas expandieron no solo lo que cuenta como economía, sino también el abanico de personas consideradas como parte de la clase trabajadora.

Para establecer el vínculo entre la renta básica y este modelo de fábrica social, el cual amplía la definición de lo que son considerados lugares y relaciones de producción capitalista (lo “social”) más allá del lugar de trabajo tradicional (la “fábrica”), es necesario actualizar este mapa para dar cabida a algunos desarrollos recientes. En esta línea, lo que el eslogan “Salarios para el trabajo doméstico” llamaba trabajo doméstico (el trabajo reproductivo basado en el hogar) no es la única forma de productividad social no cubierta por el salario. A continuación, se enumeran algunas de estas formas de productividad económica presentes en el espacio ampliado de la fábrica social, las cuales no son recompensadas por el sistema salarial.

Empecemos con una contabilidad más completa de los insumos productivos en los que se basa la acumulación de capital. Como argumentó Boggs (1963/2009: 47), “la sociedad debe reconocer que las magníficas herramientas productivas de nuestros días son el resultado del trabajo acumulado de todos nosotros y no la propiedad exclusiva de ningún grupo o clase”. De este modo, los/as empresarios/as hacen uso de infraestructuras sociales producidas a través de esfuerzos colectivos que llevan generaciones de bienes comunes utilizados de manera abusiva en el curso de su apropiación como “recursos naturales”, de tecnologías desarrolladas por los gobiernos y de capital acumulado a través de la esclavitud y del colonialismo (Robeyns, 2001: 84). Cabe señalar que los salarios no compensan nada de esto y los impuestos lo hacen de forma muy reducida. El miedo a que haya “aprovechados” que reciban una renta básica, uno de principales argumentos del movimiento contra esta política, es irrisorio, dados los niveles verdaderamente masivos de aprovechamiento del trabajo no remunerado, de la propiedad robada, de las infraestructuras públicas y de los bienes comunes privatizados por los que el capital no paga nada. Para continuar con esta lista de fallos del sistema salarial, se pueden tomar en cuenta las diversas modalidades de esfuerzo que los/as empresarios/as utilizan y que no remuneran como parte del salario². Si se manejan estos criterios más amplios para medir el trabajo reproductivo necesario para producir la fuerza de trabajo, habría que tener en cuenta todas las infraestructuras sociales, culturales, tecnológicas y subjetivas de las que depende la estructura de producción concebida de manera más restringida —es decir, el trabajo ya cubierto por el salario—. Después de todo, ¿por qué va a ser legítimo, incluso desde la lógica ideológica del capital, que un empleador se beneficie de las habilidades y capacidades cuya adquisición le ha supuesto al trabajador o trabajadora una inversión de tiempo y de dinero? En este sentido, se supone que el/la trabajador/a emprendedor/a autónomo/a, como describe Adkins (2016: 2), ha de invertir fuertemente en su propio capital humano y en su futura empleabilidad, a menudo a expensas de acumular una deuda familiar (y, cada vez más frecuentemente, asumiendo los gastos relativos a sus contribuciones a la jubilación y a la sanidad). En este escenario cada vez más común, la mencionada autora señala que las distinciones entre las personas empleadas, desempleadas y subempleadas, tienden a desvanecerse a medida que más personas oscilan entre estas situaciones con mayor frecuencia y rapidez.

Asimismo, la lista de lo que el sistema salarial no tiene en cuenta debería incluir las formas de producción científica y creativa a las que recurren las empresas para fabricar y comercializar sus productos. ¿Por qué no se remunerar todos los materiales que crean y añaden valor a los bienes y servicios³ (Virno, 2004)? En una economía que produce no solo bienes y servicios, sino también paisajes sociales, contextos comunicativos y formas culturales, ¿cómo podemos recompensar adecuadamente el trabajo que es explotado para crear valor⁴? El problema que se plantea aquí no es solo que el trabajo no esté remunerado, sino la dificultad para remediar dicho error mediante las mismas prácticas contables actuales de las empresas.

En un ensayo reciente, Ross (2017) cataloga la rápida expansión del trabajo no remunerado o con salario simbólico a todos los niveles de la jerarquía laboral. Algunas de ellas son formas de trabajo similares a las descritas anteriormente, pero también incluye la expectativa lanzada desde la economía colaborativa de que monetizamos o “compartamos” nuestros propios activos privados (coches o viviendas). Pero la lista también incluye el trabajo en las prisiones y diversas formas de trabajo digital no remunerado utilizado para crear datos y algoritmos, así como el robo de salarios a la antigua usanza que a menudo se ve facilitado por la proliferación de acuerdos de empleo informal. La fábrica social, concluye Ross (2017: 197), “ya no es una tesis vanguardista propuesta por la primera generación de pensadores autónomos allá por mediados de los años 70. Hoy la vemos escrita en todo el paisaje del trabajo moderno”.

² Se incluyen aquí los esfuerzos educativos que desarrollan las habilidades y aptitudes generales de los trabajadores, así como el tiempo dedicado al desarrollo de capacidades comunicativas y redes sociales que las empresas aprovechan pero no pagan. También se deberían incluir aquí, según Whiting y Symon, (2020) las tareas invisibles realizadas en el hogar para configurar y mantener los dispositivos digitales “personales” que se usan para el trabajo.

³ Esto incluye formas de conocimiento científico, comunicativo, técnico y social que forman parte del intelecto general (véase Virno, 2004), así como modos de estilo y de expresión tomados del ámbito artístico y de la cultura popular.

⁴ Por decirlo de otro modo, si en la fábrica social posfordista cada vez ocurre más que tanto el trabajo productivo como el reproductivo crean no solo mercancías sino también afectos y modos de socialización, ¿cómo se miden y remuneran los insumos de esos productos?

Por último, hay que tener en cuenta el gran número de personas excluidas o marginadas dentro del sistema salarial porque no se ajustan al modelo del trabajador asalariado ideal. ¿Qué pasa con quienes tienen diferencias cognitivas, emocionales, neurológicas o físicas que hacen que no siempre puedan trabajar de la forma o durante el tiempo que se espera de este arquetipo tan sumamente restringido de la persona trabajadora? Si bien el Estado presupone que la familia es nuestra red de seguridad, McKay y Vanevery (2000: 277) reflexionan sobre cómo para algunas personas la familia es percibida como el último recurso. Desde dicha presunción, se considera que pertenecemos a una familia, que esta es soportable y que incluye tanto a personas que trabajan por salarios como a personas dispuestas a realizar el trabajo de cuidados. En otras palabras, demasiadas personas se encuentran con que tienen poco o ningún apoyo cuando sus cuerpos/mentes quedan incapacitados por el trabajo asalariado convencional. Taylor (2004), reclama el derecho a no trabajar y vivirlo con dignidad, el derecho a que “tu valor no esté determinado por tu productividad laboral, tu empleabilidad o tu salario” (Taylor, 2004: 39-40).

Antes de concluir este recorrido sobre la manera de contabilizar el trabajo, se aborda muy brevemente una deficiencia de la economía del trabajo y la familia que no formaba parte del argumentario de Wages for Housework, pero que a menudo aparece resaltada en la defensa de la renta básica: el problema del desempleo tecnológico. Dos afirmaciones son citadas con frecuencia a este respecto. Por un lado, un informe de Frey y Osborne (2013) estima que casi la mitad de los puestos de trabajo en EE. UU. corren el riesgo de ser informatizados. Por otro lado, los economistas suelen presentar ejemplos históricos en los que la mecanización eliminó puestos de trabajo en un sector para crearlos en otro, como cuando los peones agrícolas se convirtieron en obreros de la industria alimentaria, y aseguran que esta tendencia continuará en la era digital⁵ (Srnicsek y Williams, 2016: 88). Independientemente de la cantidad de gente que vaya a ser desplazada por las máquinas, este problema parece menos escandaloso a ojos del sistema capitalista de trabajo y familia. Es decir, parece un problema más comprensible y puramente técnico del propio sistema, en torno al cual existe mayor acuerdo de que amerita algún tipo de solución. Junto con su posible impacto sobre las personas trabajadoras relativamente privilegiadas, esto puede ayudar a explicar la atención que ha recibido en los medios de comunicación. Comparemos esto con la larga historia de exclusión económica y discriminación en los mercados laborales que ha producido disparidades raciales en el empleo, como lo muestra una tasa de desempleo que en EE. UU. es casi el doble entre afrodescendientes que entre la población blanca. Como argumentó la Organización Nacional de Derechos de Bienestar de los EE. UU. (US National Welfare Rights Organization o NWRO), en las décadas de 1960 y 1970, “como sistema de distribución de la riqueza, el empleo nunca ha funcionado bien para los pobres, especialmente para los negros pobres” (citado en Sherwin y Piven, 2019: 137). Lowrey (2018: 149) ve en este debate una manera de desviar la atención: “Tanto hablar de robots, desempleo tecnológico y mundos sin trabajo ha puesto el énfasis sobre la distinción entre la renta básica y la asistencia social, algo que ha evitado una conversación sobre la raza y las prestaciones universales que parecería tan necesaria, vital, obvia”. Por ello, el desempleo tecnológico, aunque pueda tratarse de un problema significativo, no es más que la punta del iceberg de la problemática de la economía del trabajo asalariado, con sus irracionalidades, exclusiones, formas de marginación y errores de cálculo.

Dos ideas elementales de la campaña de Wages for Housework merecen ser retomadas. La primera es que, al no contabilizar el trabajo reproductivo, el salario oculta la verdadera duración de la jornada laboral (Cox y Federici, 1976: 9). En segundo lugar, el sistema de salario y familia excluye a demasiadas personas para ser creíble como un mecanismo de distribución de la renta. La renta básica, como un salario social universal e incondicional, ofrece una manera más racional y equitativa de distribuir los ingresos y de recompensar las diversas formas de productividad. Además, el proceso de reivindicar esta renta universal e incondicional “proporciona una perspectiva desde la cual se hacen más evidentes la naturaleza social del trabajo, su aspecto doméstico invisibilizado y su extensión a todos los ámbitos de nuestras vidas” (Srnicsek y Williams, 2016: 140).

3. La renta básica no es reformista ni revolucionaria

La vieja dicotomía entre reforma y revolución pesa como una sombra sobre varios de los debates actuales acerca de la renta básica. Por una parte, hay quienes la interpretan como un proyecto revolucionario que busca el derrocamiento del capitalismo, a lo que sus críticos responden que sería infructuosa, ya que el dinero, el capital y el Estado seguirían existiendo (Dinerstein *et al.*, 2016). Por otra parte, es desestimada como una mera estrategia reformista que serviría para consolidar el poder de la clase capitalista (Kleiner, 2016). Si estas fuesen las únicas opciones, esto es, la reforma o la revolución, no cabría duda de que la renta básica constituye una reforma más que una revolución. La reivindicación de una renta básica no es una propuesta para sustituir el sistema salarial capitalista, sino únicamente para aflojar un poco su poder al proporcionar ingresos a las personas que

⁵ Srnicsek y Williams (2016: 88) hacen una observación similar sobre esta lectura unidimensional de la historia económica: “El optimismo basado en experiencias pasadas pasa por alto la base política y contingente de este registro histórico: las políticas gubernamentales, los movimientos obreros, la división de la mano de obra en función del género y las reducciones de la semana laboral son todos factores que han desempeñado un papel en el mantenimiento del empleo en el pasado”.

actualmente se encuentran precarizadas en relación con el trabajo asalariado y a aquellas cuya contribución a la (re)producción social no es remunerada con un salario. También colocaría a las personas en una posición más fuerte desde la que negociar contratos de trabajo más favorables, y les permitiría elegir con mayor libertad el tipo de hogares y de relaciones íntimas que quieren formar o abandonar. Estas mejoras no constituyen una visión revolucionaria del postrabajo o poscapitalismo. No obstante, dicho lo anterior, la oposición conceptual entre reforma y revolución no parece proporcionar un vocabulario útil para el cambio social. Las teóricas de *Wages for Housework* ofrecen una concepción de su reivindicación en términos que rechazan el tradicional dualismo entre uno u otro: “Obviamente, mientras existan los salarios, también lo hará el capital. En este sentido, no decimos que conseguir un salario sea la revolución”, admiten Cox y Federici (1976: 13-14), pero eso no quiere decir que no sea una “estrategia revolucionaria” (1976: 13-14). Federici lo explica de esta manera: el salario por el trabajo doméstico “es una reivindicación revolucionaria, no porque por sí misma destruya el capital, sino porque ataca al capital y lo obliga a reestructurar las relaciones sociales en términos más favorables para [las personas]” (1995: 191). La conquista de ese salario no era el objetivo final, sino solo un paso en esta dirección, y exigir ese salario no era una simple reclamación, sino una práctica compleja. La lucha de *Wages for Housework* era vista como una perspectiva política que abría tanto un nuevo terreno de lucha (Cox y Federici, 1976: 3) como una plataforma para organizarse y lograr más poder colectivo (Edmond y Fleming, 1975: 126). De este modo, la renta básica no solo podría mejorar sustancialmente la vida de las personas, sino que también podría proporcionar apoyo material para disponer del tiempo y el esfuerzo necesarios para luchar por nuevas reformas y para abrir un espacio conceptual en el que se pueda pensar de forma más crítica sobre el trabajo y el no trabajo. En esta línea, las ambiciones de las reivindicaciones del salario por trabajo doméstico y de la renta básica no solo están orientadas a la formulación de políticas, sino que también son epistemológicas y ontológicas. Es decir, son también oportunidades para articular un vocabulario crítico a través del cual poder interrogar el presente y generar deseos de nuevas formas de vida. Con este marco más amplio de lo que es una reivindicación y de lo que esta puede implicar, se podría juzgar el éxito o el fracaso de un movimiento a favor de la renta básica no solo en términos de si la política es finalmente implementada, sino también en términos del poder colectivo y de las formas de organización que se generan en el propio proceso de reivindicación.

Prosiguiendo con el mismo tema en un registro diferente, la renta básica no es únicamente un ajuste tecnocrático, sino un proceso político puesto en marcha por colectivos sociales. Esta afirmación está compuesta por dos partes: una trata la relación de la propuesta con uno o varios movimientos sociales, y la otra trata la relación de la propuesta con otras reivindicaciones. Es importante señalar que la reivindicación de *Wages for Housework* no fue inventada por sus teóricas más destacadas, sino que circuló primero como una reivindicación del movimiento feminista que, posteriormente, fue asumida más ampliamente una vez que demostró ser capaz de generar acción política y debate teórico (véase Dalla Costa y James, 1973: 52-53, nota 16). La reforma en sí misma no tendría sentido sin el movimiento feminista, el cual se vería dinamizado por el proceso de lograr la reivindicación más inmediata, y enseguida continuaría la lucha con otras reivindicaciones. Del mismo modo, la simple consecución de una renta básica —lo cual cabría imaginar que podría ocurrir si saliese elegido un candidato político que pudiera liderar su implementación, como podría ser Andrew Yang— no es ni factible ni deseable. Un ingreso mínimo que permita vivir dignamente no será logrado con una sola victoria, sino que implicará una batalla política prolongada que requerirá el apoyo continuo de una poderosa coalición de grupos activistas. Parte del proceso de exigir una renta básica consiste en construir esa coalición y cultivar ese poder. En segundo lugar, la renta básica no solo representaría, en el mejor de los casos, un paso en la dirección de un futuro anticapitalista, sino que también a menudo se defiende como parte de un conjunto de reivindicaciones (véase, por ejemplo, Pateman, 2003; Rogers, 2017; Undercommons, 2016)⁶.

4. La renta básica es antiproductivista

Al reivindicar salarios, las activistas de *Wages for Housework* no buscaban un mero reconocimiento del valor moral de sus contribuciones. Según Cox y Federici (1976: 6) “es solo desde el punto de vista capitalista que ser productivo es una virtud moral, por no decir un imperativo moral”. Estas autoras continúan argumentando: “Nuestro poder no proviene de que se reconozca nuestro lugar en el ciclo de producción, sino de nuestra capacidad de luchar contra este” (1976: 6). Como dijo el colectivo *Wages for Housework* de Nueva York, “no reclamamos el ‘derecho a trabajar’. No queremos trabajo, queremos liberarnos del trabajo” (Federici y Austin, 2017: 34). Junto con su antifamiliarismo, fue su antiproductivismo lo que diferenció a *Wages for Housework* de tantas otras corrientes de pensamiento de izquierdas (Cox y Federici, 1976: 18). La izquierda obrerista que celebra la dignidad del trabajo propone meros paliativos para las formas de alienación que este produce, con la intención de que este merezca mejor el lugar de honor que se le otorga: “‘Enriquecimiento laboral’, ‘participación de los trabajadores’, ‘democracia participativa’”, es decir, “un poco más de familia en la fábrica

⁶ Por ejemplo, varias son las voces que defienden la renta básica junto a la reducción de la jornada laboral (Stronge, 2017; Srnicek y Williams, 2016; Weeks, 2011), mientras que otras personas lo hacen junto a las reparaciones (Warren, 2017) o a las nuevas formas de organización de los trabajadores (Rolf y Watterson, 2017).

(más preocupación individual, responsabilidad e identificación con el trabajo)” (Cox y Federici, 1976: 19-20). Al afirmar los valores existentes del trabajo y de la familia, están “abrazando utopías capitalistas perseguidas desde antaño” (1976: 19). Esta parte del legado de *Wages for Housework* parece ser aún más relevante hoy en día. La ideología del trabajo, esto es, esa sobrevaloración cultural del trabajo que canta las alabanzas del trabajo duro de largas horas como una vocación individual, una obligación moral y un deber social, la cual prescribe el trabajo asalariado como requisito esencial para la independencia y el autodesarrollo, nos anima a organizar nuestras vidas en torno al trabajo y a invertir nuestras identidades en él. Dicha ideología sigue siendo un sistema de apoyo crucial para una economía que acumula grandes riquezas para unas pocas personas y vidas enteras de trabajo desgastador mal pagado o no pagado para el resto de la población. Esta orientación hacia el trabajo es exigida por la mayoría de las empresas, las cuales se benefician en un grado u otro del entusiasmo por el trabajo y del compromiso autodisciplinado con los objetivos de la organización que demuestran sus empleados/as. Esta orientación es aún más ventajosa para aquellas empresas que esperan que los/as trabajadores/as aporten más de sus propias cualidades personales al trabajo, contribuyendo con sus afectos, habilidades sociales y creatividad. Esta ética productivista conlleva un proyecto de subjetivación consagrado a que cada individuo maximice su empleabilidad. Allí donde una fuerte ética del trabajo es un elemento clave de la productividad, donde dicha ética forma parte de la fuerza de trabajo que las empresas compran y ponen a producir, la posibilidad de cuestionar estos valores y modos de ser se convierte en una dimensión necesaria de la rebelión política.

El potencial antiproductivista de una renta básica puede ilustrarse mediante una crítica a la propuesta del pleno empleo o del empleo garantizado, la cual a veces se ofrece como alternativa a la renta básica. Estas dos propuestas difieren en cuanto al futuro que consideran deseable y posible. Desde la perspectiva de la renta básica que aquí se plantea, el pleno empleo sería una pesadilla: una expansión masiva del trabajo fabricado, incluyendo lo que Boggs (1963/2009: 68) denomina “trabajo de guerra”, Kalleberg (2011) califica como “trabajos malos”, y Graeber (2018) etiqueta de “trabajos basura”, condenando así a todo el mundo al raramente obstaculizado dominio de las empresas en el régimen privado del lugar de trabajo (Anderson, 2017). De esta manera, “la categoría de ‘obrero’ no se elimina, sino que se extiende a todas las personas” (Marx, 1987: 100). Dicha propuesta, por lo tanto, refuerza, en lugar de desafiar, la organización capitalista de la sociedad que impone el trabajo como única condición para que se nos permita vivir (Cox y Federici, 1976: 12). Sin embargo, habría que poder considerar que las personas desempleadas, no empleables, no asalariadas, empleadas precariamente o sobrecargadas de trabajo, pueden estar sufriendo no tanto por falta de un buen trabajo como por la falta de ingresos suficientes, a lo cual se uniría el dogma de que el trabajo es liberador y de que tener un empleo es el único camino hacia una vida digna y provechosa. La renta básica es también una oportunidad para evaluar críticamente la necesidad y el significado del trabajo asalariado, su duración, las condiciones bajo las que se debe dar y su relación con otras prácticas.

5. La renta básica es antifamiliar

La postura antifamiliar de *Wages for Housework* es inseparable de su postura antiproductivista en la medida en que la institución de la familia es una parte inherente de un sistema capitalista de trabajo asalariado. Ambos reclutan individuos dentro de relaciones específicas de producción y reproducción, organizando y dividiendo dichas tareas, y juntos constituyen los dos principales mecanismos de repartición de ingresos. Para llevar a cabo estas tareas, la familia capta personas para los hogares, gobierna su actividad laboral, pauta aspectos de sus relaciones de género, sexuales y generacionales, y media el significado de su experiencia. La privatización de la familia es absolutamente esencial para lo anterior. En la misma línea, la privatización de los cuidados es crucial para la economía familiar. Todos los cuidados (a la infancia, a la tercera edad y a las personas enfermas) se proporcionan en gran medida de forma gratuita y desproporcionada por mujeres (al margen del trabajo remunerado).

Las teóricas de *Wages for Housework* defendían que lo que llamaban trabajo doméstico era un trabajo socialmente necesario que requería más tiempo fuera del trabajo asalariado para poder llevarse a cabo, pero no lo hacían con la intención de ensalzar o sobrevalorar el trabajo, sino para insistir en su desmitificación, desromanización y desprivatización (junto con la importancia de su desgenerización). En resumidas cuentas, pretendían resaltar la necesidad de luchar en contra de que el trabajo consume la vida entera⁷. El potencial antifamiliar de la política de la renta básica, con su crítica de la familia nuclear privatizada como institución político-económica y normativa a nivel cultural, y su apoyo a posibles alternativas, la convierten en una reivindicación urgente.

La familia heteropatriarcal puede funcionar, para algunas personas, como un refugio en un mundo despiadado, pero para otros es un lugar triste y peligroso. En 2018 la ONU publicó un informe cuyo título muy

⁷ Esto podría significar movilizarse contra, por ejemplo, la división del trabajo por género y las malas condiciones del trabajo doméstico asalariado. Este aspecto implica confrontar la división del trabajo doméstico según la clase, la raza y la nación. Habría también que poner en cuestión las formas de intensificación del trabajo que se han difundido gracias a la ideología de la maternidad intensiva. Además, requeriría la invención de nuevas formas de organizar, compartir y darle sentido al trabajo doméstico.

seguramente no sorprendió a ninguna feminista, nombrando al hogar como “el lugar más peligroso para las mujeres”. En dicho informe se constataba que más de la mitad de los homicidios de mujeres en todo el mundo fueron cometidos por parejas o familiares íntimos⁸. Rowbotham (1973: 77) lo expresó así: “No es de extrañar que la violencia estalle en la familia, o que las personas se conviertan en víctimas de las familias, como ocurre con el maltrato infantil. La familia, bajo el capitalismo, carga un peso intolerable”. Como argumentó Federici, la violencia familiar no es solo una cuestión legal, sino económica: “Si nos falta dinero, siempre seremos vulnerables a la violencia doméstica, o tendremos que elegir entre la violencia en el hogar y la violencia equivalente de las maquilas clandestinas” (Federici y Austin, 2017: 154). Una renta básica, al permitir que las personas decidan si entran en una determinada división del trabajo doméstico en el seno del hogar, no solo capacitaría para negociar mejores condiciones laborales, sino que también podría servir como un recurso para salir de una relación doméstica abusiva, así como para apoyar materialmente la posibilidad de cultivar relaciones más sostenibles de sustento, cuidado y colaboración⁹.

6. La renta básica involucra coaliciones

La reivindicación de una renta básica implica forjar coaliciones. Quienes argumentaron a favor de Wages for Housework utilizaron el lenguaje de la política de clases para describir algo comparable. Desde este movimiento se insistió en que también teníamos que repensar quiénes cuentan como parte de la clase trabajadora. Wages for Housework era un movimiento por y para quienes no recibían un salario, porque, tal y como ellas lo veían, esta condición no implicaba estar fuera de la relación salarial capitalista. De esta manera, Wages for Housework es “una perspectiva política para todos aquellos estratos de la clase cuya impotencia ha sido hasta ahora absorbida por la familia”: esto incluye a las personas de tercera edad, menores de edad, en situación de dependencia o con una discapacidad, desempleados/as, estudiantes, beneficiarias de prestaciones sociales, presas y prostitutas (en Edmond y Fleming, 1975: 19; Toupin, 2018: 52). El llamamiento de Wages for Housework a la izquierda para que apoyase su reivindicación salarial comprendía una apuesta por la unidad de clase. Las divisiones de la clase obrera realizadas por el capital, siguiendo los ejes de asalariados versus no asalariados, empleados/as versus desempleados/as, trabajadores/as versus jubilados/as, se confirman como mecanismos eficaces de pacificación de clase cada vez que una concepción reducida de la clase obrera es defendida por la izquierda. Si nos basamos en la historia política de la clase trabajadora, sin duda podríamos añadir otras formas de exclusión conceptual a las incluidas en la bibliografía de Wages for Housework: proletariado versus lumpemproletariado, trabajo forzado versus trabajo libre, o trabajo formal versus trabajo informal, así como nociones de clase no interseccionales versus raza, género, discapacidad, ciudadanía o nación. “El sexismo, el racismo y el asistencialismo”, por ejemplo, no son solo la expresión de fallos morales individuales, sino que son “formas de regular y dividir a la clase trabajadora” (Cox y Federici, 1976: 10).

Lo que se denomina aquí como una concepción coalicionista de la clase trabajadora, entendida como una identidad de diferencias, debería hacerse aún más amplia para reivindicar una renta básica, extendiéndose a más personas a las que las instituciones del trabajo y de la familia les hayan fallado. La renta básica ha recibido el apoyo de activistas pertenecientes a varios movimientos sociales, incluyendo organizaciones de empleadas domésticas (Poo, 2017), de derechos civiles (King, 2010), de derechos sociales de bienestar (Tillmon, 1972), de poder negro (Black Panther Party, 1966), de trabajadoras sexuales (Cruz, 2013) y el Movement for Black Lives (s.f.). En la medida en que podría proporcionar una alternativa a los riesgos de la economía sumergida y un apoyo a los/as ex-presos/as, y así “asestar un verdadero golpe” al encarcelamiento masivo (Shelby, 2017: 46; Warren, 2017: 58), también es una propuesta relevante para la política del abolicionismo carcelario. Como alternativa a la insostenibilidad medioambiental de la política económica del pleno empleo, la lucha por la renta básica es defendida como punto de encuentro para generar una política de coalición entre los verdes y la izquierda (Srnicek y Williams, 2016: 160-161). Bidadanure (2017) ofrece una lista parcial muy interesante de los colectivos que podrían estar interesados: “empleadas domésticas, camioneros, amas de casa, parejas dependientes maltratadas, ex-convictos, trabajadores/as sexuales, artistas hambrientos/as, gente que odia su trabajo, gente que ama su trabajo pero necesita reducir las horas, voluntarios/as, becarios/as, estudiantes, pensionistas pobres, trabajadores/as precarios/as, gente que quiere montar una ecoaldea y tantas otras personas” (Bidadanure, 2017: 55). Así, aunque se pueda coincidir con Gourevitch y Stanczyk (2018) en que una renta básica “solo llegará cuando haya un colectivo de la clase trabajadora que esté organizado y sea lo suficientemente poderoso como para poder extraerla”, se sugiere que es importante mantener una concepción más amplia de

⁸ <https://www.unodc.org/unodc/en/press/releases/2018/November/home-the-most-dangerous-place-for-women-with-majority-of-female-homicide-victims-worldwide-killed-by-partners-or-family--unodc-study-says.html>

⁹ Vale la pena aclarar que la crítica feminista a la institución de la familia no es una crítica a las relaciones sociales o a los hogares compartidos en sí mismos. Gourevitch y Stanczyk parecen confundir las dos cosas cuando argumentan que, debido a que calculan que para vivir sin trabajo asalariado un individuo necesitaría poner en común sus ingresos con otros, las defensas feministas de la renta básica que se basan en “afirmaciones sobre la liberación de la cohabitación obligatoria y de las relaciones domésticas de dependencia personal” están equivocadas. Las dos opciones que plantean, el individuo solitario o “la convivencia obligatoria y las relaciones domésticas de dependencia personal” (2018: 158) bien podrían leerse como un síntoma de la continua hegemonía de la ideología de la familia heteropatriarcal.

las personas que constituyen la clase trabajadora, así como de lo que cuenta como lucha política organizada respecto a lo laboral.

Este concepto de coalición contradice o revela las debilidades de dos críticas que se le hacen a la propuesta de la renta básica: una que la describe como incompatible con las formas tradicionales de la lucha obrera y de la política de clase trabajadora (Gourevitch, 2016; Gourevitch y Stanczyk, 2018), y otra que acusa a sus partidarios de confraternizar con el enemigo. La primera crítica, según la cual la renta básica de alguna manera va en contra de la lucha obrera organizada, presumiblemente aquella representada por los sindicatos, parece fuera de lugar¹⁰. En lugar de tratarse de un juego de suma cero que requiere la unidad de los partidos en torno a un programa de acción concreto, no hay razón alguna para pensar que la relación entre la política por la renta básica y la política sindical se trate de una cuestión de elegir una u otra (en lugar de ambas). Incluso un recorrido superficial por la literatura sobre la renta básica (Rogers, 2017; Van Parijs, 2017; Rolf y Watterson, 2017) revela un amplio apoyo a políticas y regulaciones laborales centradas en los sindicatos y en otras formas más tradicionales. Además, la política tradicional basada en los sindicatos es ciertamente insuficiente en la lucha por el trabajo. La segunda crítica al tipo de renta básica que aquí se ha expuesto sostiene que defender la renta básica nos hace cómplices del enemigo, llegando a calificarlo de “acostarse con el enemigo”. Aunque “acostarse” es una metáfora decididamente inapropiada para las realidades de la política de coalición, su evocación de la conducta sexual no normativa logra transmitir el sabor específico de la indignación moral que esta crítica pretende invocar. Esta acusación no tiene fundamento. Hay algo profundamente apolítico en la crítica de trabajar con el enemigo. La política consiste en críticas y visiones, en estrategias y tácticas, y en ganar y perder terreno en luchas prolongadas. Como práctica colectiva destinada a cambiar algunas de las reglas del juego, ninguna vanguardia, fracción de clase, o cualquier otro grupo reducido que pretenda hacer de agente de cambio estará a la altura, por más que conserve su pureza ideológica.

En un famoso discurso de la década de 1980, Reagon (1983) insistía en la diferencia entre lo que llamaba un hogar y una coalición. El hogar, según ella, es el lugar donde te reúnes con personas que comparten tus experiencias, perspectivas o análisis (es un espacio seguro e intelectualmente productivo, habitado por personas afines). La coalición, en cambio, se desarrolla en las calles y es, según ella, uno de los trabajos más peligrosos que se pueden hacer. El problema, según Reagon (1983: 346), es que “algunas personas acuden a una coalición y valoran su éxito en función de si se sienten bien o no al llegar a ella. No buscan una coalición, ¡sino que buscan un hogar!”. Otra división conceptual que se considera pertinente para el objeto de este artículo es la que existe entre ética y política. En este sentido, la ética puede practicarse individualmente en casa, es decir, en espacios en los que se puede disfrutar de la compañía de personas compatibles, con las que se puede compartir una existencia ideológica más fluida. La política, en cambio, es un esfuerzo colectivo que se desarrolla en los espacios públicos de las calles. Involucrarse en política para lograr una reforma a gran escala requiere enfrentarse con la complejidad del panorama político más amplio y juntarse con aquellos con quienes no se está de acuerdo.

7. La renta básica es feminista

Según algunas críticas (Gheaus, 2008), la renta básica no es una reivindicación feminista propiamente dicha. Algunas de ellas consideran que no visibiliza el trabajo doméstico no asalariado de manera que combata su devaluación y, a su vez, alegan que solo terminaría reforzando la división generizada propia del trabajo doméstico si más mujeres heterosexuales con hijos o dependientes optaran por reducir su participación en el trabajo asalariado mientras que menos hombres heterosexuales lo hicieran. Sin embargo, hay dos argumentos por los que estas críticas no le restan importancia al potencial de una renta básica. El primero de ellos es que nombrar fenómenos sociales generizados siempre corre el riesgo de validar las creencias populares sobre su naturalización, siendo este un dilema con el que las feministas han tenido que lidiar desde antaño. Quienes defienden la renta básica, como Federici (2012:9), nos recuerdan que su objetivo original era dotar de un salario al trabajo doméstico y no a las amas de casa. Sin embargo, la distinción entre estos dos términos se desdibujó dentro de la campaña de lucha, de modo que la asociación histórica del trabajo doméstico con la feminidad a menudo terminaba siendo confirmada en los discursos en lugar de cuestionada. Aunque la renta básica no cuestiona directamente la invisibilidad y la generización del trabajo reproductivo doméstico como el eslogan de *Wages for Housework*, tampoco invoca los vocabularios potencialmente reificados de un régimen de género fordista. En ese sentido, la neutralidad de género de la propuesta de renta básica no es necesariamente una desventaja, especialmente si los argumentos a favor de ella incluyen una fuerte voz feminista. En cuanto a si una renta básica perpetuaría la tradicional división de tareas por género en el seno de la familia heteropatriarcal, se han presentado argumentos convincentes desde ambos lados del debate (Pateman, 2003: 140). Aunque se predice

¹⁰ “Existe la ilusión de que la introducción legislativa de un generoso programa de renta básica universal puede reemplazar las formas tradicionales de organización obrera, o bien que esta debe ser priorizada como un trampolín fundamental hacia una política obrera más eficaz. *Esta actitud la mantienen todas aquellas personas* que dedican tiempo a estudiar, ensayar o simplemente entretener generosas propuestas de renta básica en sus escritos, mientras que muestran mucho menos interés por la manida cuestión táctica de cómo organizar una mayoría duradera de las clases “trabajadoras” (Gourevitch y Stanczyk, 2018: 151 [énfasis añadido]).

que una renta básica brindaría mayores oportunidades para que hombres y mujeres combinen el trabajo asalariado y el trabajo de cuidados no asalariado, la renta básica sería una política feminista incluso si terminara brindando apoyo material a la tradicional división de tareas dentro de la familia heteropatriarcal.

8. La renta básica defiende la autonomía

Algunas críticas de la renta básica prefieren en su lugar la defensa de unos servicios sociales básicos universales (Bastani, 2019: 213, 226). Curiosamente, *Wages for Housework* se enfrentó a la misma crítica, lanzada por quienes perseguían que las labores sanitarias y de protección social fuesen ofrecidas por los servicios de protección social del Estado. Quienes defendían *Wages for Housework* afirmaban que también querían servicios de protección social, los cuales a veces codificaban como otra parte del salario social que el Estado debería pagar para crear “mejores condiciones de trabajo” para el empleo doméstico (Federici, 1995: 192), pero su compromiso principal estaba en reivindicar salarios. Su posicionamiento era escéptico con respecto a los servicios proporcionados por el Estado (Cox y Federici, 1976: 19-20). Aunque habría que cuestionar su profunda desconfianza de los servicios sociales, el ataque de Cox y Federici a las falsas reformas equivalentes a “un poco más de la fábrica en la familia” y que permiten una mayor eficiencia del trabajo doméstico (1976: 19) resulta ser más relevante en el momento actual en el que la única solución que se ofrece para la doble jornada no es la socialización del trabajo doméstico, sino su mercantilización (servicios domésticos para la clase privilegiada que puede pagarlos y empleo precario para otras personas). Si bien la renta básica debe ir acompañada de una serie de servicios públicos de apoyo a la reproducción social, la reivindicación de un salario por trabajo doméstico ofrece una perspectiva más amplia sobre las ventajas de combinar dichos servicios con la renta básica.

El concepto de autonomía de *Wages for Housework* es polivalente, al igual que lo es la tradición de marxismo autónomo al que este movimiento está adscrito. Por ejemplo, cuando James (1976) declaró que “esta es nuestra reivindicación de autonomía”, se refería tanto a distinguirse políticamente de otras organizaciones de izquierda como a buscar un cierto alivio de la “organización capitalista de nuestras vidas” (1976: 26)¹¹. Los salarios, pensaron teóricas como James, podrían proporcionar parte del apoyo material que permitiese cierta independencia de lo que el lenguaje corporativo de recursos humanos llama la lucha por el “equilibrio trabajo/familia”, o lo que el feminismo marxista denomina como los dos pilares institucionales del capitalismo heteropatriarcal. De manera similar, en la medida en la que una renta básica podría permitirles a algunas personas optar por no participar o negociar mejores condiciones de trabajo asalariado y de pertenencia a la familia, esta podría proporcionar una medida de protección o de presión contra los poderes de los empleadores/as y contra el peso de los roles familiares. Por otro lado, la reivindicación de autonomía también puede entenderse como un intento de romper con el paternalismo que ha estado implícito en el estado del bienestar estadounidense. El activismo por el sistema de bienestar social, y particularmente la Organización Nacional de Derechos de Bienestar de los Estados Unidos (NWRO, según sus siglas en inglés) en las décadas de 1960 y 1970, tuvo un impacto profundo sobre *Wages for Housework*. En un texto de 1975, Federici los describe como “la punta de lanza del movimiento feminista”, explicando que “la lucha de madres receptoras de bienestar social en la década de 1960 marcó una ruptura radical con la tradición socialista que se centra en la ideología del trabajo y la productividad” (Federici y Austin, 2017: 101; 104). La NWRO defendió la renta básica como una alternativa a los programas asistenciales condicionados a demostrar una falta de recursos económicos, los cuales resultan degradantes a la vez que crean distinciones profundamente preocupantes entre personas pobres dignas e indignas (Brown, 2019: 150). La NWRO también luchó contra los intentos de controlar el consumo a través de vales y otras formas de limitar los gastos de las personas pobres. Como explica un texto producido a partir de una alianza entre *Wages for Housework* y el activismo por el bienestar social en la década de 1970, “todos queremos menos trabajo, más dinero y más tiempo para decidir qué queremos hacer con nuestras vidas” (Federici y Austin, 2017: 109). La propuesta de un ingreso básico universal e incondicional lleva un mérito adicional debido a su insistencia antipaternalista en que las personas beneficiarias deben mantener el control sobre los recursos que reciben.

Wages for Housework también se alió con activistas a favor del aborto y contra la esterilización para exigir mayor autonomía. Exigían salarios para poder, entre otras cosas, “decidir si, cuándo y en qué condiciones tener hijos” (Federici y Austin, 2017: 45, 59). Una renta básica, como podría ser un salario por labores domésticas, no puede por sí misma crear las condiciones para la toma de decisiones verdaderamente significativas sobre si criar o no descendencia. Por dar un ejemplo, la introducción de servicios de cuidado de la infancia de calidad, bien remunerados y financiados con fondos públicos, podría al menos acercarnos un paso más a conseguir dichas condiciones. Pero servicios de este tipo por sí solos, en la ausencia de una renta básica que también permitiera un grado de elección sobre los términos de la participación en el trabajo asalariado o en la familia, no lo harían. Las propuestas de la izquierda que buscan exigir servicios sociales o la sindicalización en lugar de

¹¹ Este concepto de autonomía no se refiere a un ideal de autosoberanía individual, sino más bien a un ideal de autogobierno colectivo o a proyectos colectivos de autodeterminación.

una renta básica, ya sea en nombre de la desmercantilización o de la solidaridad colectiva, deben reconocer el riesgo del paternalismo que puede ser fomentado cuando se prioriza el poder de la ingeniería social por encima de proporcionar ingresos a las personas más necesitadas.

9. La renta básica es nacional, internacional y potencialmente transnacional

Hoy en día, la propuesta de la renta básica circula a través de redes nacionales y transnacionales con relativa facilidad, y está siendo promovida activamente en diversos lugares del mundo. Como ilustra en particular el caso de Sudáfrica, altos niveles de desempleo estructural pueden elevar el perfil de la propuesta y llevar a que sea vista como una opción viable. A nivel local, la implementación de esta política depende de las particularidades del contexto social, económico y político. Esto plantea la cuestión de si la implementación de una renta básica en una nación como Estados Unidos podría desencadenar un aumento de la xenofobia. Se trata de un problema urgente a tener en cuenta, aunque no afecta solamente a esta política en particular. Por esta razón, no parece acertado formular la renta básica en forma de un salario ciudadano (véase Robeyns, 2001) o de una subvención asociada a la idea de pertenencia nacional (Ackerman y Alstott, 1999: 44). De cara a aumentar el potencial transnacional de la renta básica, sería mejor concebirla como un salario social que se otorga a residentes (no solo a personas ciudadanas). Como ocurre con la legislación federal de salarios y horarios, esta renta se aplicaría de igual manera a personas con y sin estatus de ciudadanía formal. Ferguson (2015: 215) caracteriza esto como una política de presencia fundamentada en un concepto menos fijo y más amplio de la pertenencia, la cual sería determinada por “una presencia física y concreta, junto con la obligación que esto implica”. Aunque esto supondría “invocar una política aún por inventar” (Ferguson, 2015: 213), es importante señalar que “proporcionar servicios a residentes es a menudo más práctico que tratar de determinar quién ‘pertenece’ a cada lugar” (Ferguson, 2015: 216).

10. La renta básica conlleva un riesgo

Se ha argumentado que la renta básica aborda mejor los profundos problemas del sistema de trabajo y familia que una garantía de pleno empleo, y que los servicios proporcionados por el Estado son un importante complemento a la renta básica, pero no un sustituto. Existen diferencias intelectuales de fondo que separan a quienes defienden la renta básica de una gran parte de quienes la critican. Una de las diferencias más significativas gira en torno al enfoque sobre el trabajo en general y sobre el trabajo asalariado en particular. Por un lado, la ideología del trabajo eleva el trabajo por encima de otras prácticas, y plantea que incluso las formas de trabajo asalariado que se nos ofrecen en la actualidad son personalmente redentoras, además de representar un deber moral. Esta ideología se identifica como una base crucial del sistema laboral y familiar capitalista y, como tal, ocupa el foco de lo que debería ser cuestionado. Por otro lado, el potencial antiproduccionista de la renta básica es un anatema para quienes creen que el trabajo es una obligación humana y que es fundamental para la dignidad individual y la cohesión social.

Lo anterior nos remite a la discusión sobre el desafío más importante a la renta básica. En relación a lo anterior, es importante reconocer que existen al menos dos grandes corrientes a favor de la renta básica en EE. UU. Mi argumentario se basa en una corriente feminista marxista que incluye el movimiento *Wages for Housework*, el marxismo autonomista, la Organización Nacional de Derechos de Bienestar (NWRO, según sus siglas en inglés), Martin Luther King y el Partido de las Panteras Negras, entre otros. Pero hay una versión que proviene de la derecha (la versión neoliberal), que propone la renta básica como excusa para reducir el gobierno, desmantelando en todo lo posible los programas de asistencia social, sanitaria y de lucha contra la pobreza. *The Undercommons*, un grupo político de Los Ángeles, propone una forma útil de nombrar los dos modelos: la RBU+ (UBI+ en inglés), que esta organización apoya porque suma la renta básica a otras regulaciones laborales y programas sociales; y la RBU- (UBI-), que reivindica la renta básica como un sustituto a estas iniciativas (2016). El problema, más allá de que se puedan confundir estos dos enfoques, los cuales difieren en innumerables aspectos, es de orden táctico, puesto que, en caso de ser aceptada, es probable que la renta básica fuese implementada por etapas y no de una sola vez, y esto representaría un peligro. En esta línea, cabe mencionar dos riesgos relacionados. Por un lado, que la renta básica sea aceptada solo a costa de importantes programas de asistencia social y, por otro lado, que la renta básica sea implementada a un nivel tan bajo que, en lugar de empoderar a la fuerza obrera para rechazar los peores contratos de trabajo, sirva para subvencionar a los/as empresarios/as que ofrecen salarios bajos mediante lo que sería un pequeño “suplemento” para su plantilla. El primer riesgo parecería ser más probable en países con sistemas de bienestar social más robustos que el de los EE. UU. Sin embargo, a la luz de esta primera amenaza, es importante defender la renta básica como un salario, no como una prestación social, una ayuda económica o un sustituto de cualquier otro derecho. El segundo riesgo, esto es, la probabilidad de un salario inicial bajo, parece más difícil de abordar, y el peligro de conseguir algo por debajo de un ingreso mínimo vital es la crítica más potencialmente devastadora a la renta

básica; significa que la forma que adopte el programa de renta básica dependerá del poder y la resistencia de las fuerzas políticas que lo defiendan, y “se irá creando durante la lucha” (Dalla Costa y James, 1973: 53, nota 17).

11. Conclusiones

Hay muchas maneras de perder la lucha por una renta básica mientras se conserva la rectitud moral; pero no hay manera de ganarla sin el trabajo político de construir mayorías que puedan difundir nuevos vocabularios conceptuales y temas de análisis, generar discusiones y debates públicos, elegir a los políticos, impulsar la legislación, buscar vías jurídicas cuando sea necesario y persuadir a las empresas y corporaciones para apoyar esta política.

El reconocer un objetivo como una etapa sugiere una reconceptualización de la práctica política de reivindicar una renta básica, y esto la sitúa dentro de una temporalidad más larga. A pesar de aparentar tratarse de un acontecimiento puntual, de una victoria o una derrota, la actividad política por la renta básica implicará un proceso más largo para ganarla en estos términos (salario incondicional, universal y con el que se pueda vivir dignamente). Una cuestión importante es si vale la pena correr el riesgo de seguir esta estrategia de avance gradual hacia el cambio político. Quizás esta sea la pregunta clave. Aquí podríamos recordar la primera ola de luchas feministas en EE. UU. sobre si apoyar la aprobación de la 15.^a enmienda y esperar a la 19.^a; o considerar lo que significó apoyar la Ley de Normas Laborales Justas (Fair Labor Standards Act) de 1938, con sus exclusiones racistas y sexistas, algunas de las cuales fueron enmendadas más tarde, pero solo después de muchos años y mucho esfuerzo (ver Warren, 2017: 57). Se puede reflexionar sobre si la ley sobre asistencia sanitaria asequible (Affordable Care Act) servirá o no como un paso hacia la asistencia sanitaria universal (Medicare For All). El dar un paso hacia delante puede servir como lanzadera para luego alcanzar mayores logros, o puede resultar en que nos demos de bruces con un muro aún más duro. La razón definitiva por la que se justifica la lucha por la renta básica tiene que ver con que la situación actual es crítica: incluso antes de la crisis del Covid, innumerables millones de personas en los EE. UU. estaban en situación de dificultad, y a menudo no lograban satisfacer ni siquiera sus necesidades más básicas. No queda claro cómo más puestos de trabajo o más servicios sociales vayan a responder adecuadamente a esta emergencia (Cohen, 2011)¹². Dicho esto, conviene traer a colación otra idea de Wages for Housework: “El feminismo debe partir de lo que las mujeres necesitan, no de lo que puede resultar más fácil de obtener” (Federici y Austin, 2017: 104). La política feminista que aquí se apoya implica un enfoque revolucionario que busca transformar las jerarquías entrecruzadas del capitalismo racial heteropatriarcal, no solo las posiciones relativas de hombres y mujeres dentro de este¹³.

12. Bibliografía

- Ackerman, B. y A. Alstott (1999): *The Stakeholder Society*, New Haven, Yale University Press.
- Adkins, L. (2016): “Contingent Labour and the Rewriting of the Sexual Contract”, en L. Adkins y M. Dever, eds., *The Post-Fordist Sexual Contract: Working and Living in Contingency*, Palgrave Macmillan, pp. 101-128.
- Anderson, E. (2017): *Private Government: How Employers Rule Our Lives (and Why We Don't Talk about it)*, Princeton, Princeton University Press.
- Bastani, A. (2019): *Fully Automated Luxury Communism: A Manifesto*, Nueva York, Verso.
- Bidananure, J. (2017): “Basic Income Convergence”, en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 51-55.
- Black Panther Party (1966): “Ten-Point Program”. Disponible en: <https://www.marxists.org/history/usa/workers/black-panthers/1966/10/15.htm> [Consulta: 13 de julio de 2020].
- Boggs, J. (1963/2009): *The American Revolution: Pages from a Negro Worker's Notebook, New Edition*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Brown, J. (2019): *Birth Strike: The Hidden Fight Over Women's Work*, Oakland (California), PM Press.
- Cox, N. y S. Federici (1976): *Counter-Planning from the Kitchen: Wages for Housework, A Perspective on Capital and the Left*, Brooklyn, New York Wages for Housework Committee.
- Cohen, G.A. (2011): *¿Por qué no el socialismo?*, Madrid, Katz Editores.
- Cruz, K. (2013): “Unmanageable Work, (Un)liveable Lives: The UK Sex Industry, Labour Rights and the Welfare State”, *Social & Legal Studies*, 22 (4), pp. 465-488.
- Dalla Costa, M. y S. James (1973): *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press.
- Dinerstein, A., F. H. Pitts y G. Taylor (2016, 23 mayo): “A Post-Work Economy of Robots and Machines is a Bad Utopia for the Left”, *The Conversation*. Disponible en: <https://theconversation.com/a-post-work-economy-of-robots-and-machines-is-a-bad-utopia-for-the-left-59134> [Consulta: 16 de septiembre de 2021].

¹² Autores como Cohen (2011: 63-64) reflexionan sobre la importancia de políticas claras que aboguen por un ideal de comunidad y reciprocidad.

¹³ Existe un argumento más complicado que no abordaré aquí sobre cómo el feminismo de Wages for Housework, así como aquel de la renta básica desarrollada a partir del modelo de Wages for Housework, está implícito en las metodologías de ambas reivindicaciones. Ambas le dan prioridad al trabajo reproductivo social como componente fundamental de la economía capitalista y como puerta de entrada a sus análisis críticos y propuestas políticas.

- Edmond, W. y S. Fleming, eds. (1975): *All Work and No Pay: Women, Housework, and the Wages Due*, Bristol, Falling Wall Press.
- Federici, S. (1995): "Wages Against Housework", en E. Malos, ed., *The Politics of Housework, New Edition*, Cheltenham, New Clarion Press, pp. 187-194.
- Federici, S. (2012): *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Oakland (California), PM Press.
- Federici, S. y A. Austin, eds. (2017): *Wages for Housework, The New York Committee 1972-1977: History, Theory, Documents*, Nueva York, Autonomedia.
- Ferguson, J. (2015): *Give a Man a Fish: Reflections on the New Politics of Distribution*, Durham, Duke University Press.
- Frase, P. (2018): "On the Politics of Basic Income". Disponible en: <http://www.peterfrase.com/2018/07/on-the-politics-of-basic-income/> [Consulta: 13 de julio de 2020].
- Frey, C. B. y M. A. Osborne (2013): "The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?". Disponible en: https://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf [Consulta: 13 de julio de 2020].
- Gheaus, A. (2008): "Basic Income, Gender Justice and the Costs of Gender-Symmetrical Lifestyles", *Basic Income Studies*, 3 (3), pp. 1-8.
- Gourevitch, A. (2016): "The Limits of a Basic Income: Means and Ends of Workplace Democracy", *Basic Income Studies*, 11 (1), pp. 17-28.
- Gourevitch, A. y L. Stanczk (2018): "The Basic Income Illusion", *Catalyst*, 1 (4), pp. 151-177.
- Graeber, D. (2018): *Bullshit Jobs: A Theory*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Hartman, H. (1979): "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", *Papers de la Fundació*, 88. Fundació Rafael Campalans.
- James, S. (1976): *Women, The Unions and Work, Or, What is Not to Be Done and the Perspective of Winning*, Londres, Falling Wall Press.
- Kalleberg, A. (2011): *Good Jobs, Bad Jobs: The Rise of Polarized and Precarious Employment Systems in the United States, 1970s to 2000s*, Nueva York, Russell Sage.
- King, M. L. (2010): *Where Do We Go From Here: Chaos or Community?*, Boston, Beacon Press.
- Kleiner, D. (2016, 25 noviembre): "Universal Basic Income is a Neoliberal Plot to Make You Poorer", *openDemocracy*. Disponible en: <https://neweconomics.opendemocracy.net/universal-basic-income-is-a-neoliberal-plot-to-make-you-poorer/> [Consulta: 16 de septiembre de 2021].
- Lowrey, A. (2018): *Give People Money: How A Universal Basic Income Would End Poverty, Revolutionize Work, and Remake the World*, Nueva York, Crown Books.
- Marx, K. (1987): *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, traducido por M. Milligan, Buffalo, Prometheus Books.
- McKay, A. y J. Vanevery (2000): "Gender, Family, and Income Maintenance: A Feminist Case for Citizens Basic Income", *Social Politics*, 7 (2), pp. 266-284.
- Movement for Black Lives (s.f.): "Platform". Disponible en: <https://m4bl.org/policy-platforms/reparations/> [Consulta: 21 de julio de 2020].
- Pateman, C. (2003): "Freedom and Democratization: Why Basic Income is to be Preferred to Basic Capital", en K. Dowding, J. De Wispelaere y S. White, eds., *The Ethics of Stakeholding*, Londres, Palgrave MacMillan, pp. 130-148.
- Pitts, F. y A. Dinerstein (2017): "Postcapitalism, Basic Income, and the End of Work: A Critique and Alternative", *Bath Papers in International Development and Wellbeing*, Centre of Development Studies, University of Bath 55.
- Poo, A. (2017): "What a Basic Income Would Mean to Domestic Workers", *Economic Security Project*. Disponible en: <https://medium.com/economicsecproj/what-a-basic-income-would-mean-to-domestic-workers-69c30d6abbd2> [Consulta: 21 de julio de 2020].
- Reagon, B. J. (1983): "Coalition Politics: Turning the Century", en B. Smith, ed., *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, New Brunswick, Rutgers University Press, pp. 343-355.
- Robeyns, I. (2001): "An Income of One's Own: A Radical Vision of Welfare Policies in Europe and Beyond", *Gender & Development*, 9 (1), pp. 82-89.
- Rogers, B. (2017): "The Limits of Basic Income", en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 87-92.
- Rolf, D. y C. Watterson (2017): "A New Social Contract", en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 81-86.
- Ross, A. (2017): "Working for Nothing: The Latest High Growth Sector?", en E. Romano, A. Bove y A. Murgia, eds., *Mapping Precariousness, Labour Insecurity and Uncertain Livelihoods: Subjectivities and Resistance*, Londres, Taylor and Francis, pp. 189-198.
- Rowbotham, S. (1973): *Woman's Consciousness, Man's World*, Harmondsworth, Penguin Books.
- Shelby, T. (2017): "A Blow to Ghettoization", en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 41-46.
- Sherwin, W. y F. F. Piven (2019): "The Radical Feminist Legacy of the National Welfare Rights Organization", *WSQ: Women's Studies Quarterly*, 47 (3 & 4), pp. 125-153.
- Srnicek, N. y A. Williams (2016): *Inventing the Future: Postcapitalism and a World Without Work, Updated Edition*, Londres, Verso.
- Stronge, W. (2017): "Misconstruing Post-Work", *Autonomy* [blog]. Disponible en: <https://autonomy.work/portfolio/comments-recent-ubi-post-work-interventions-co-founder-will-stronge/> [Consulta: 21 de julio de 2020].
- Taylor, S. (2004): "The Right Not to Work: Power and Disability", *Monthly Review*, 55 (10), pp. 30-44.
- Tillmon, J. (1972): "Welfare is a Women's Issue", *Ms. Spring*, pp. 111-116.
- Toupin, L. (2018): *Wages for Housework: A History of an International Feminist Movement, 1972-1977*, traducido por K. Roth, Vancouver, UBC Press.

- The Undercommons (2016): “No Racial Justice Without Basic Income”, *Boston Review*. Disponible en: <http://bostonreview.net/class-inequality-race/undercommons-no-racial-justice-without-basic-income> [Consulta: 13 de julio de 2020].
- Van Parijs, P. (2017): “Real Freedom”, en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 66-71.
- Virno, P. (2004): *A Grammar of the Multitude*, traducido por I. Bertolotti, J. Cascaito y A. Casson, Los Angeles, Semiotext(e).
- Warren, D. (2017): “Reparations and Basic Income”, en J. Cohen, ed., *Work, Inequality, Basic Income*, Boston, Boston Review, pp. 56-60.
- Weeks, K. (2011): *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics and Postwork Imaginaries*, Durham, Duke University Press.
- Weeks, K. y K. Cruz (2016): “Feminism, Marxism and the Cultural Overvaluation of Work”, *Canadian Dimension*, 50 (3).
- Weeks, K. y C. Thibos (2019, 18 septiembre): “Feminist Politics and a Case for Basic Income”, *OpenDemocracy*. Disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/beyond-trafficking-and-slavery/feminist-politics-and-case-basic-income/> [Consulta: 16 de septiembre de 2021].
- Whiting, R. y G. Symon (2020): “Digi-Housekeeping: The Invisible Work of Flexibility”, *Work, Employment and Society*. <https://doi.org/10.1177/0950017020916192>

